

tes que á cada paso nos ofrece la sociedad actual. El hombre de quien vamos á ocuparnos era el más débil y culpable de los maridos, y su esposa la más amante y desgraciada de las mujeres. Su desgracia estaba en relación de su amor y cariño, que eran superiores á todo encarecimiento. Diez años hacía que con sus lágrimas y oraciones parecía hacer violencia al cielo en favor de esa alma tan amada. En su amarga aflicción, casi se quejaba de Dios por hacerle esperar tanto tiempo la gracia que ella pedía.

Más de una vez se abandonaba á un verdadero desbordamiento de lágrimas y oraciones; y cuando así descargaba el corazón, se quedaba más tranquila. Renuncio á describir la violencia de tal estado: aquellos lectores que hayan pedido á Dios la salud de un padre, de un esposo, de un hijo ó de un hermano, podrán figurárselo fácilmente. Mas una circunstancia imprevista hizo brillar á los ojos de esta señora cierto rayo de esperanza. Algunos intereses de comercio sacaron á su esposo de Lyon, y ella le acompañó. Terminados los negocios, dijo á su marido: «Esposo mío, si te parece, podemos á nuestro paso detenernos en Ars, pues poco ó nada rodeamos: aquí hay coches que llevan directamente, y veremos á ese santo Párroco, de quien tanto se habla.» La proposición fué aceptada, y esto fué ya una gracia del Señor.

Llegaron á Ars los dos esposos, y la mujer tuvo una entrevista con el siervo de Dios. Vuelta á la posada, dijo á su marido: «Amigo mío, debes ir á ver al señor Párroco: es un hombre extraordinario, un Santo de los tiempos antiguos. Te aseguro que no te arrepentirás de haberle conocido.» El marido no se hizo rogar mucho; la gracia instaba, y cedió á ella

por segunda vez sin darse cuenta. Fué á la iglesia, é introducido en la sacristía, se halló solo con el señor Párroco, á quien ofreció sus respetos como podía hacerlo una persona bien educada, y le felicitó por su reputación. El buen Párroco recibió ese homenaje sonrojado y con la timidez de un niño. Hablóse de cosas indiferentes, y cuando el caballero iba á despedirse, el venerable Párroco le detuvo diciendo: «¿Os vais ya, amigo mío? ¿No tenéis algo que decirme? — Señor Párroco, dispensadme, nada tengo que deciros: sólo he venido aquí para tener el honor de ofreceros mi respeto.» El santo sacerdote fijó sobre él una mirada profunda, una de esas miradas tiernas y penetrantes, que revelaban la ternura de un padre y las luces de un profeta: «*Arrodillaos ahí*, le dijo, mostrándole su confesonario.— Señor Párroco, le respondió su interlocutor, visiblemente conmovido: no he venido para confesarme; lo haré en otra ocasión, pues en este momento no estoy dispuesto.»

Esto no obstante, el santo Párroco tenía fija sobre él su mirada penetrante, y en ella parecióle al caballero leer esta queja amorosa: «¿Por qué difieres la confesión, hijo mío? No admito tus excusas, y no saldrás de aquí hasta que seas de Dios.» Y replicó diciendo: «Pero, señor Párroco, os repito que no puedo..., no he pensado en eso..., es preciso que me prepare y reflexione.. No puedo...» Y, al pronunciar esta palabra, una fuerza superior le rendía y le hacía caer como involuntariamente á los pies del santo Párroco, para comenzar su confesión. Al día siguiente tuvo una segunda entrevista, en la que el penitente hizo los últimos esfuerzos para resistir á la gracia. A los pocos momentos de estar en el santo tribunal, sa-

lió bruscamente de la sacristía, y, sin arrodillarse ante el Santísimo, atravesó el coro y desapareció de la iglesia. Su pobre esposa, que estaba arrodillada en una capilla, al verle salir con tanta precipitación, quedó sorprendida entre el temor y la esperanza, y salió tras él, en extremo turbada. «¿Qué tienes? le dijo: ¿estás malo?—No, respondió el marido con mal gesto;» y con cierto aire de despecho, añadió: «Vámonos de aquí pronto...»

Desconcertada la esposa por las últimas palabras de su marido, hizo heroicos esfuerzos para tranquilizarle y aun distraerle. Pasada esta grande emoción, ya no se habló de marchar; al contrario, consintió en asistir al día siguiente á la Misa del santo Párroco, y al volverle á ver en el altar, sintió un cambio completo en el corazón. Fué espontáneamente á la sacristía para continuar su confesión interrumpida el día anterior, y desde este momento se le vió transformado en otro hombre: durante muchos días seguidos apenas salía de la capilla de la Santísima Virgen; allí estaba con el Catecismo en la mano, estudiando á los pies de la Celestial Abogada de los pecadores aquellas verdades sublimes á las cuales no había dedicado hacia mucho tiempo un cuarto de hora de atención seria. El gozo y santa alegría de su mujer excede entonces á todo encarecimiento; y para perpetuar la memoria de tan señalado favor, hizo construir en su casa un pequeño oratorio, donde colocó una estampa de la Santísima Virgen, y donde se rezaba todos los días en común. Cuando algunos amigos de confianza iban á visitarle, siempre les enseñaba el oratorio, y con interés les suplicaba rezasen un Avemaría á la Virgen María por su perseverancia.

En 1842 llegó á Ars un personaje importante, movido por la gran reputación del santo Párroco, y su primera entrevista fué en la sacristía, donde el señor Vianney confesaba. Lo que en ese momento pasó por el alma del caballero N., se ignora; sábese únicamente que se abalanzó al santo sacerdote, y estuvo abrazándole algunos momentos. El señor Párroco admitió el abrazo sin manifestar embarazo ni sorpresa, y después le mostró su reclinatorio, diciéndole: «Amigo mío, ponéos ahí de rodillas: voy á confesaros.» El extranjero no replicó palabra; la vista del siervo de Dios, su actitud resuelta y el tono de la voz, le rindieron; y ese hombre, que hacía cuarenta años que no se confesaba, quedó tan profundamente conmovido por la unción del Párroco de Ars, que hizo unos ejercicios espirituales bajo su dirección, y no volvió á la familia hasta haber cumplido con todos los deberes de cristiano.

En el mes de Mayo de 1855 fuimos testigos de la conversión súbita de un viejo octogenario. Era impío furioso, y no abría su boca sino para blasfemar: al oír el nombre de Dios y el del Párroco de Ars, se enfurecía como un energúmeno. Llamaba al Beato Vianney *viejo hechicero*, *viejo hipócrita*. El buen Padre, informado de todo, tuvo la caridad de visitar en la casa donde paraba á ese viejo endurecido, porque era imposible llevarle á la iglesia. Subió á su habitación, se arrojó á sus pies, y ahogado por un copioso llanto, sólo pudo decirle estas breves palabras: «¡Salvad vuestra alma, salvad vuestra alma!» El endurecido viejo se conmovió, prorrumpió en llanto, comenzó á rezar el Avemaría, y no cesó de repetirla día y noche, mientras estuvo en Ars. El señor Párro-

co iba á confesarle por mañana y tarde, y con una edificante y fervorosa comunión consagró la conversión á Dios de ese pobre obrero de la última hora.

Sylden-Luis-Francisco Duthel, nacido en Clermont (Hérault), era soldado á los dieciséis años. Por sus excesos contrajo una enfermedad de pecho y otras dolencias que pusieron su vida en peligro, y le obligaron á volver al hogar paterno. Pasando cierto día por una calle de Montpellier, vió tras los cristales de una librería el retrato del Párroco de Ars, y se burló de él. Le acompañaba su hermana, y le reprendió diciéndole: «Haces mal, si tuvieses confianza en ese santo hombre, podrías tal vez curarte por su intercesión.» El militar se rió de la observación de su hermana, tomando de ella materia para nuevas burlas. Por la noche tuvo un sueño, bien extraño por cierto: apareciósele el Párroco de Ars, teniendo en la mano una manzana, que le ofrecía con modesta sonrisa. La manzana comenzaba á podrirse; pero aún tenía algunas partes sanas.

El joven tísico quedó muy impresionado del misterioso sueño, y dijo á su madre: «Ese viejo Párroco no es tan terrible como me había figurado: deseo ir á verle.» Esto era precisamente lo que la pobre madre deseaba; se puso en camino con su hijo, y se hospedaron en la fonda Pertinant. El santo Párroco visitaba todos los días al enfermo, cuyo estado era grave. El sábado por la mañana le llevaron al coro, confesó y comulgó al pie del altar, y después fué introducido en la sacristía, exclamando entonces: «¡Qué feliz soy! En toda mi vida he experimentado una dicha tan grande...» Al volver á la posada se arrojó en los brazos de su madre, y con lágrimas en

los ojos la dijo: «La alegría de esta comunión me ha hecho olvidar todos mis sufrimientos. Yo no me separo de este santo hombre; quiero morir aquí.» A la noche siguiente murió en la paz del Señor.

El día próximo era domingo, 6 de Diciembre de 1855, y el Párroco hizo alusión á la muerte de este joven en su Catecismo. «Pobre joven, dijo: ¡qué feliz es ahora! Ha dicho mucho mal de mí: justo era que yo me interesase mucho por él. ¡Oh qué feliz es!»

Otro día vió el Párroco de Ars entrar en su sacristía un personaje en quien era fácil reconocer, por su finura y lenguaje, al hombre del gran mundo. Se aproximó el desconocido con respeto, y el buen Párroco, creyendo adivinar su pensamiento, le señaló el reclinatorio donde tenía costumbre de confesar á sus penitentes. El atento caballero, que comprendió lo que de él exigía, replicó diciendo: «Señor Párroco, no vengo á confesarme, sino á discutir con vos.»

«¡Oh, amigo mío, venís equivocado! Yo no sé discutir...; mas si tenéis necesidad de algún consuelo, arrodillaos ahí (señalando con el dedo su confesonario), y, creedme, otros muchos se han arrodillado antes que vos, y no se han arrepentido.—Pero, señor Párroco, ya he tenido el honor de deciros que no venía á confesarme, y esto por una razón decisiva, y es que *yo no tengo fe*.

«¡Oh amigo mío! ¿Con que no tenéis fe? ¡Cuán digno sois de compasión! Vivís en la oscuridad: un niño de ocho años sabe más que vos con su Catecismo. Yo me creía muy ignorante; pero vos sois mucho más que yo, pues ignoráis las primeras cosas que hay que saber... ¿Decís que no tenéis fe? Pues bien, poneos ahí: voy á oír vuestra confesión, y

»cuando os hayáis confesado, tendréis fe.—Pero, señor Párroco, lo que me aconsejáis es, ni más ni menos, una verdadera comedia, y os ruego creáis que no gusto de eso, pues no soy comediante.—*Os digo que os arrodilléis ahí.*»

La persuasión, la dulzura y el tono de autoridad, suavizado por la gracia, con que el siervo de Dios repitió esas palabras, causaron tal impresión en ese caballero, que se halló de rodillas sin advertirlo y casi á pesar suyo. Hizo la señal de la cruz, práctica que había olvidado hacia mucho tiempo, y comenzó la humilde confesión de sus culpas, saliendo del santo tribunal, no solamente gozoso y consolado, sino perfecto creyente; habiendo conocido por experiencia propia que, para llegar á la fe, el camino más corto y seguro es hacer obras de fe, según la palabra eterna del Divino Maestro de los hombres: *El que practica la verdad, viene á la luz.* (Joan., X, 21.)

Al salir de la pequeña sacristía donde había hallado la paz que por tanto tiempo había buscado vanamente en otra parte, el incrédulo recién convertido no podía contener su alegría. «¡Qué hombre!—» decía. — Si se me hubiese tratado antes de este modo, me hubiera confesado hace mucho tiempo.»

Esas escenas se repetían todos los días y á cada instante. Un respetable señor Párroco nos ha dicho que contaba en su parroquia diez hombres convertidos por el siervo de Dios. Otro nos decía que era fácil conocer entre sus feligreses los que habían hecho peregrinación á Ars, asegurando que era indudablemente lo mejor que había en el país.

No sabemos si alguna persona de cuantas se acercaron al venerable Párroco ha escapado de la red

invisible de la persuasión que el Divino Maestro ha dado por toda arma á sus discípulos cuando les mandó ir por el mundo, anunciándoles que *serían pescadores de hombres*; cuya red nuestro humilde apóstol lanzaba alrededor con tanta destreza y éxito tan sorprendente.

Mas á quien con preferencia dirigía todo su celo y tierna solicitud, era á los pecadores más grandes. Cuanto más sepultada estaba su alma en el cieno del vicio, más tierna y viva era su compasión hacia ella; más y más empeño ponía, hasta que, á fuerza de paciencia, de bondad, de caridad y aun de lágrimas, conseguía arrancarla del poder de Satán, y llevarla á los brazos de Jesucristo, que es el mejor amigo de los pecadores. Comprendía bien que si el inocente, en su desolación, tenía dos auxilios que no podían faltarle, Dios y su conciencia, el culpable no tiene ninguno: ni se atreve á levantar los ojos á Dios, á quien ha ofendido, ni á entrar en su interior, en donde está seguro de hallar remordimientos de conciencia: su único y último asilo es la caridad y la piedad del sacerdote.

Las lágrimas del buen Párroco caían sobre las llagas de la conciencia como el aceite del Samaritano: al mismo tiempo que las sondeaba, las curaba. Y con la misma facilidad curaba las llagas más inveteradas, profundas y cancerosas, que las recientes y menos graves, distinguiéndose las conversiones de Ars porque eran de ordinario sólidas y durables. Hombres abandonados por completo á su sentido réprobo, y dominados por pasiones ordinariamente incurables, como la intemperancia y la lujuria; seres inmorales, degradados hasta el último extremo del embruteci-

miento, cedían súbitamente, caían á sus pies, y se rendían á la fuerza de la gracia que obraba y exhortaba por su boca.

Y aun aquellas mismas personas cuya inteligencia se ocupaba poco de las cosas divinas, y á quienes los errores del mundo incapacitaban para comprender bien al señor Párroco de Ars, sentían, ante la suave autoridad de su palabra, un encanto que les fascinaba dulcemente y les atraía á una vida mejor. Nuestra alma, á pesar de las tinieblas que la envuelven como reliquias de su degradación, conserva en sí misma tan vivo los gérmenes de toda verdad y verdadera virtud, que, cuando lo bello pasa junto á ella, lo reconoce y aclama por esa súbita intuición que hacía decir al Apóstol amado, en el momento de ver á Jesús sobre el mar de Tiberiades: *¡Él es! Dominus est!*

La belleza lleva al bien, eleva y purifica. Muchos sentían la necesidad de tener la conciencia pura para aproximarse al siervo de Dios, y de conservarla pura después de haberle visto y oído. La imagen resplandeciente que había dejado en ellos la vista de la santidad les protegía contra todo mal pensamiento y contra todo deseo vergonzoso. Su alma adquiría una delicadeza que la hacía más temerosa del mal y más accesible al bien. Todos se sentían como encantados cuando estaban en la presencia del siervo de Dios, y experimentaban cierta pena al separarse de él: una fuerza misteriosa encadenaba su alma y hasta su cuerpo; y cuando se veían precisados á salir de Ars, les consolaba el pensamiento de volver pronto. Era más fácil vivir sin conocer al santo Párroco, que resignarse á no volver á verle después de haberle conocido.

El esplendoroso brillo de su virtud era para muchos un remordimiento continuo: casi sin querer, comparaban su vida con el tipo purísimo que tenían á la vista, y sus defectos resaltaban más por el contraste; de ahí su malestar y penoso disgusto.

Gustaba mucho el santo Párroco citar algunas palabras de cierto pobre pecador que, en medio de los transportes de la más pura alegría, decía: «¡Padre mio, padre mio, qué feliz soy! No quisiera por mil francos haber dejado de confesarme. Hasta ahora tenía un vacío en el corazón: vos le habéis llenado; ya no le siento, nada me falta, y estoy satisfecho. *Ita gaudium erit in cælo.*»

